

SONATA MARINERA

La casa

Al final de las casitas del suburbio, bajas, diminutas, de paredes sucias, se alza la de la pescadora. Cuatro paredes blancas sosteniendo un tejado de suave declive, en el que se mecen movidas por las brisas, la verdura milagrosa de unas hierbecillas. La puerta es tan pequeña que al entrar es preciso inclinar la cabeza, como haciendo una reverencia ante lugar sagrado. Cuatro sillas, una mesa, dos camas estrechas, es todo el ajuar. Alguna que otra estampa de sabe Dios que misterioso personaje o de quenpaisaje desconocido, adornan los muros de la breve estancia. En un rincón varias cuerdas mugrientas, sucias, de las labores de pesca.

La barca

Al lado de la casa, impidiendo casi la entrada, se encuentra la barca. Tiene tres metros mas o menos de longitud y sus lineas son ágiles, marineras, de proa aguda para herir las aguas salobres

en un deslizamiento rápido, veloz. La barca, para un pescador, es algo así como una novia: se la cuida, se la mimas, se la acaricia, y como si sus maderas alquitranadas pudieran oír, se le dicen palabras bonitas, piropos. No en balde llevan nombre de mujer, que en la tremenda inmensidad del mar, en su agitada soledad, son como flores exóticas de un recuerdo: Rosita, Carmen, Mary... ¡Quién sabe lo que rememoran! Tal vez un drama, o una vida feliz, o el cariño de una madre, o el beso de una novia, o la ausencia irremediable de una hija, o el calor de los brazos enamorados de una esposa...

EL MAR

Frente a la casita, así a unos veinte pasos, el mar. Sus aguas besan incansables, obstinados, la arena. Unas veces la calma le da nítida transparencia y parece, en su quietud, amplia llanura de cristal, donde las gaviotas, aprendices de pajaros de acero, tuvieran su pista de aterrizaje; otras se enfurecen y rugen y se agitan y crispas los mil dedos monstruosos de sus olas, que

sudan espuma, como queriendo aprisionar a la enemiga tierra. En estos trances, la casita parece que ha de sucumbir ante el gigante, que moja las blancas paredes en un intento de arrastrarla hasta él; mas tarde vuelve a callar sus gritos y nuevamente entona la dulce y milenaria canción de sus aguas inquietas.

El Mediterráneo es el mar de la civilización. Le han surcado desde la primitiva embarcación fenicia -remos y minúscula vela- hasta los tremendos transatlánticos que pintan de humo el luminoso cielo meridional con las gruesas brochas de sus chimeneas. Ha cantado la gestación, nacimiento y destrucción de pueblos poderosos, de culturas al parecer insuperables... Ha sido vehículo del saber, de la conquista, de la guerra...

LA MUJER

La pescadora es apenas una adolescente. Tiene los ojos oscuros como un misterio; la boca pequeña de labios húmedos; la tez morena; los brazos como cincelados por un artista griego; el cuerpo de acusadas líneas incitadoras. Mas todo ello pa-

sa desapercibido, porque tosco vestido lo cubre y oculta.

Su espíritu, como si vida, es primitivo, sencillo. Gusta, por las mañanas, de contemplar el mar, el vaho que emana de sus aguas y nubla el horizonte; las diminutas barcas que, en su trajin de pesca, se observan como puntitos en la lejanía; el cruzar de un vapor entre la bruma...

Cuando la brisa sopla, goza recibiendo en sus carnes morenas su beso acariciante con sabor de sal, yodo y algas, mientras modela oprimiendo la ropa sus formas femeninas; así, quieta y sonriente, parece una escultura antigua que rindiera tributo al mar.

Cerca del mediodía se llega hasta la playa y deja que el agua moje sus pies desnudos. Entonces se estremece y corre hacia la casita blanca, para salir después, con un bañador remendado, y penetrar en las aguas cálidas que le acogen con rumores de júbilo y serpentinas de blanca espuma. Nada ágil durante largo rato, sintiendo por todo su cuerpo la suave sensación del mar, que como una delicia-

da y diluida mano la acaricia con fruición de enamorado. Después sale triunfal, como una diosa morena, con el leve bañador ceñido, y se tumba en la arena, cara al sol, en tanto su agitada respiración imprime un ritmo desacompañado a la turgencia bronceada de su pecho y recibe en su piel el caluroso contacto del sol.

LA NOCHE

En la noche el mar y el cielo son una misma cosa. El que navega tiene la sensación, al ver reflejadas las estrellas en el movible espejo del agua, que marcha por el espacio sidéreo, rodeado de astros y polvillo cósmico, hacia ignorados destinos. Otras veces, cuando se embravece, es como ir por encima de un monstruo apocalíptico atacado de locura. Es entonces cuando su fragor ensordece y absorbe todos los ruidos y hace temblar la frágil casita blanca, perdida en la negrura de la noche.

Pero a la pescadora no le asusta. Mas bien la encubre al salir para que nadie se dé cuenta. Vacila un momento y luego corre hacia unas rocas, con la cabellera suelta al vendaval que la mueve

como a una bandera. Allí le esperan unos brazos fuertes que la aprisionan en un abrazo interminable, en tanto las olas salpican su vestido de agua salada y amarga.

LA TRAGEDIA

Algunos pescadores, pese al temporal, han salido. El pan de cada día exige, con frecuencia, enfrentarse con los peligros de la tempestad. El padre de la pescadora- viejo conocedor del mar- se ha quedado en casa. No obstante ella está inquieta, temerosa. ¿Que le ocurre? Furtivamente, a veces, dirige sus miradas a una estampa de la Virgen del Carmen, clavada en la pared.

La noche ha llegado y los pescadores que se atrevieron a arrostrar el peligro, no han regresado; mas aún, nadie espera ya que regresen.

Ella, inquieta, en la dura cama, agitada, nerviosa, escucha con una obstinación pertinaz, como si esperara algún mensaje. Pero solo el ruido del mar encabritado pone música de fondo a sus desvelos.

De repente ha oído un grito que sobresalía por encima de la horribilísima tempestad. Siente que aquella voz le atrae como el imán a una aguja, sin que pueda oponerse a su fuerza misteriosa. Se levanta sigilosamente y sale a la puerta. Lluvia y viento la azotan, mientras el bramido infernal de las aguas la estremecen. Cree percibir nuevamente como una llamada desde las rocas próximas -su lugar de cita- y corre sin sentir el frío de sus ropas empapadas. Pero allí no hay nadie. Las olas, impelidas por la turbulencia de la tempestad, se estrellan contra los arrecifes y salientes. Sin ver, sin darse cuenta de nada, permanece inmóvil como una hipnótica. Mas he aquí que de pronto oye aquella llamada, allá, en las profundidades agitadas del furioso mar. Su estado de inconsciencia le hace no vacilar ni un solo momento y dirigirse hacia el final del acantilado, donde, en aquel momento, una montaña líquida se rompe y la arrastra mar adentro...

... ..

En el recuerdo del viejo pescador, al flaquearle la memoria, se va perdiendo la imagen de su hija.

¿Como era?... De ella simplemente queda su nombre, de letras doradas, grabado en la barca, que ágil y marinera se desliza sobre las aguas casi transparente del mar en calma.

...